

## El “discurso filosófico”<sup>1</sup>

Maurice Blanchot

Quisiera por un instante, a partir del recuerdo de Merleau Ponty y con él, interrogarme sobre el lenguaje de la filosofía y preguntarme si lo que llamamos todavía con ese nombre y que quizá ya ha desaparecido, puede ser dicho, ser escrito directamente. Merleau Ponty creía en la filosofía. Aceptaba la tradición, a la que pronunció incluso un elogio. No se pensaba en tanto filósofo, como portador y sujeto de eso que ya Hegel quería designar con el título de ciencia: acaso por esa modestia que le era propia, no privada de decisión ni de autoridad, pero sobre todo porque la filosofía supone, exige el borramiento de aquel que la sostiene o, al menos, un cambio en la posición del sujeto filosófico. En ese sentido, filósofo y escritor están muy cerca. Ni uno ni otro pueden aceptar ser así nombrados; así como tampoco la impersonalidad, esa forma cómoda de potenciar hasta lo universal su suficiencia; ni aún el anonimato, que los deja todavía en sospecha si no es más que un juego para esconder un nombre, para finalmente hacerlo valer.

La respuesta podría revelarse de una manera tautológica y, por cierto destructiva si se formula con simplicidad: la filosofía es su propio discurso, el discurso coherente, históricamente situado, conceptualmente unificado, que forma un sistema en vías de acabamiento; o un discurso no solamente múltiple e interrumpido, sino fragmentario, marginal, rapsódico, balbuceante y disociado de todo derecho a ser enunciado, aún por esos que le sucederán anónimamente para sostenerlo y continuarlo tornándolo así presente. He ahí acaso un rasgo que nos es necesario retener: el discurso filosófico es desde un principio *sin derecho*. Dice todo o podría decirlo, pero no tiene el poder de decirlo: es un posible sin poder. A partir

---

<sup>1</sup> “*Le «discours philosophique»*”, *L’Arc*, n° 46, quatrième trimestre 1971, p. 1-4.

de allí la diferencia sobre la que quisiera interrogarme aparece puesta rápidamente en cuestión: si ese discurso debe ser el de la palabra hablada o de la escritura no es por el momento esencial, pues la una y la otra son destituidas, por más que casi siempre ellas se autorizan a afirmar y a afirmarse, es decir, reclaman un derecho y al mismo tiempo una soberanía. Es verdad que en nuestros tiempos el filósofo, aquel que no tiene derecho a ese nombre más que irónicamente, a menudo habla y, es mucho decir, enseña, puesto que escribe obras. Ese fue el caso de Merleau Ponty. No dudo que esa situación le haya parecido de cierta manera inconveniente: lo sé por él mismo. Y señalo esta frase citada por Claude Lefort que debemos recordar para ir más lejos: “Es una cuestión saber si la filosofía, como reconquista del ser bruto o salvaje, puede cumplirse por medios del lenguaje elocuente o sino necesitaría hacer un uso que le quitara su poder de significación inmediata o directa para igualar eso que ella de todos modos quiere decir”. Desatendamos (como si fuera tan sencillo desatenderlo) eso que fue para él, en un cierto momento y quizás enigmáticamente, la tentación esencial: la palabra ser y el retorno de una ontología. Tengamos en cuenta que él rechaza el lenguaje elocuente que no es aquí el bello lenguaje, capaz de convencer, sino la palabra que nombra la elocución asimismo que la presencia de hablantes y de interlocutores. Y retengamos que él parece proponer o buscar un modo indirecto de expresión en relación con cualquier cosa que la filosofía “quiere decir” o que pretenda decirse. Pero ¿qué es lo que quiere ser dicho que no puede decirse más que indirectamente? Conocemos desde siempre, incluso si no lo hemos reconocido más que después de algún tiempo, un dominio donde lo indirecto, el desorden<sup>2</sup>, tiene algún tipo de rigor: es, claro está, aquel de la literatura y el arte, incluso entendidos tradicionalmente, allí donde nada se dice sin decirse desde el principio. Esto no significa que el discurso sea literario, sino que quizás al estar la literatura más radicalmente puesta en cuestión que la filosofía, no dispone de ningún atributo. Discurso verdaderamente sin derecho y llamado a reconquistar cualquier cosa de lo bruto

---

<sup>2</sup> Hay en el original un juego de palabras que se pierde en la traducción: Blanchot utiliza la expresión *non-droit* que traducimos por *desorden*, pero que sin embargo remite a aquello que no posee reglas o lo que es *sin-derecho* (*sans-droit*), como lo explica más arriba.

y de lo salvaje, de nuevo sin ley y sobre todo sin Ley (si no sin reglas) siempre desviado de aquello que habría de comunicar o de eso que podría volverle comunicativo.

Aquí indico que él no se ocupa de buscar –intento que sería desmesurado y desplazado– dónde se situaría ese discurso en relación a otros discursos (respecto al de las ciencias sobre todo); ni qué es lo que el discurso enuncia y si enuncia cualquier cosa o si debe ser crítico, metafísico, ontológico, fenomenológico; o todavía, si está ahí para articularse entre lo práctico y lo teórico, respondiendo menos a una exigencia determinada que al infinito de toda exigencia. Me parece que deberíamos poner la cuestión más simplemente todavía: quizá no hay filosofía, incluso podemos dudar de la validez de la palabra literatura, pero hablando o sin hablar, escribiendo o sin escribir, hay en nuestras sociedades modernas, incluso bajo la modesta apariencia del más humilde profesor de filosofía, alguien que habla en nombre de la filosofía que posiblemente no existe, y mantiene vacío, para desaparecer allí, el lugar de una palabra siempre otra que aquella que él pronuncia. El filósofo, aquel que dice y enseña, desde la oscuridad o con renombre, ese filósofo que no tiene derecho a su título, es siempre el hombre de una doble palabra: está eso que él dice y que es importante, interesante, nuevo y que propicia la prolongación de ese discurso interminable pero, detrás de eso que dice, hay algo que le retira la palabra, ese dis-curso precisamente sin derecho, sin signos, ilegítimo, mal venido, de mal augurio y, por esa razón, obsceno, siempre de decepción o de ruptura; y al mismo tiempo, yendo más allá de todo interdicto, el más transgresivo, lo más cerca del Afuera intransgredible– en ese sentido emparentado a eso bruto o salvaje (o extraviado) al que Merleau-Ponty hacía alusión. El filósofo en cierta manera debe responder a esa otra palabra, palabra de lo Otro, que él no puede sin embargo hacer entender directamente: respondiendo, sabe sin saberlo, que no está sólo él injustificado, sin garantía y sin ataduras y de alguna manera herido de inexistencia, sino también en relación con eso que está *interdicto* en la sociedad donde posee esa “función”, ya que él no habla más que en la insistencia de *ese* no-discurso insolente, inerte, disidente que, así como Hegel lo sugiriera para otro empleo, es, en pleno día, la decisión del “atardecer”, la

decadencia del día, como en el lenguaje apropiado, convenido y cultivado, el hundimiento del propio lenguaje. De allí –y Merleau-Ponty nos ha vuelto cercana esa posibilidad– que la filosofía busque ahora un compromiso con su discurso manifiesto en posición interrogativa (a fin de no traicionar demasiado el discurso latente o clandestino): interrogar, buscar, es excluirse de los privilegios del lenguaje afirmativo, es decir, de definir; es hablar más allá de la palabra, abrirla y ponerla en suspenso. Lenguaje de interrogación, capaz sin embargo de devenir en su momento inquisidor, ya que posee su técnica, sus hábitos cuasi institucionales, sus elegancias y se encuentra siempre anticipado por una respuesta, no pudiendo durar más que a ese precio. El no-discurso que en verdad nos pone constante e incesantemente en cuestión, no está quizá él mismo abierto sobre una pregunta, más bien se encuentra tan fuera de la afirmación como de la negación, y que llamaríamos neutro, si pudiéramos descalificarlo por esta vía.

Quizás, a fin de cuentas y en tanto que la filosofía lo toma o lo tiene a su cargo, falte estimarlo más en relación con las incertidumbres y las vicisitudes del proceso oral, o como se dice, la oralidad. Quizás la filosofía no sea más que palabra, cayendo junto a ella y siempre amenazada, tanto desde fuera como desde dentro. Ciertamente, cuando el profesor de filosofía habla a su manera, y en su cargo siempre privilegiado, incluso si es en el Collège de France, acumula contradicciones: él está ahí, presente, dando presencia a eso que rechaza toda presencia, sujeto de una palabra sin sujeto, ocupando una función a él asignada por todo el orden social; habla aparentemente libre, según una apariencia de libertad, en nombre de esa palabra prohibida, subversiva, posiblemente peligrosa. Pero acontece además, incluso en esas condiciones irrisorias y a causa de ellas, de tiempo en tiempo (fuese en el balbuceo, que no es un desfallecimiento individual, sino lo contenido del lenguaje en el nivel no-hablante), que emerge algo que asombra, horroriza, desarregla y rechaza la situación comfortable de cada hablante y de todo el que escucha. En todo momento eso puede acontecer e incluso, en todo momento eso acontece. Es como si el humilde o el orgulloso enseñante, aquel que se cree maestro de los signos, se viera hurtado de eso que él tiene que decir, privado de su verdad y de toda verdad, eclipsado verdaderamente, arrojado a la calle en el gran curso de

las palabras cualesquiera, de fracaso en fracaso, ya silencioso al término de su último silencio. La palabra está quizá naturalmente demasiado próxima a la muerte: de allí que ella sea astuta, en la medida de su debilidad, en su capacidad de desaparecer, moribunda; no porque ella sea palabra de un moribundo, sino por ser palabra del morir mismo. Esto se entiende a veces, y parece retornar al filósofo, a través del lenguaje magistral del cual él ha aprendido a disponer por derecho de cultura, y de su retiro, para que en su puesto, desbordando todo puesto, encuentre su lugar el oscuro y fastidioso murmullo que sería la pura-impura palabra filosófica y de la cual él no tendría nada que decir, sino más bien que “*sigue su curso*”.

Curso siempre fracturado y no continuo. Pienso que Merleau-Ponty, no solamente en lo cotidiano de su enseñanza, sino de una manera más declarada, obligado un día, en ese momento en el que todo estaba abriéndose paso para él, a retroceder en su camino filosófico e incluso dirigirse ahí donde el camino se tornaba incómodo, ha podido y debido hacer lugar a esta palabra otra; palabra que no puede ser acogida sin convertirse de alguna manera en “el último hombre”, palabra que, en todo caso no nos hace la vida más fácil y con la que quizá no podamos siquiera *vivir*. Aquí, no puedo dejar de decir que la repentina muerte de Merleau-Ponty, esa manera brutal de romper con nosotros, con nuestra espera, si es contraria a su cortesía, pertenece también a la enigmática urgencia y patencia de ese discurso de mal augurio que, aún sin considerarlo, nosotros cargamos desde que hablamos y, con más razón, si hacemos profesión del hablar. La muerte misma fue eso que ella fue: una pena inmerecida, el sentimiento para sus amigos de volverse de pronto infieles; de eso, no hay nada que decir. Pero ese acontecimiento ha vuelto sensible el incumplimiento y, en consecuencia, el inacabamiento de lo que pertenecería en lo sucesivo al curso de las obras. Que nadie puede decirlo todo, lo sabemos, con un saber casi distraído; pero que la palabra diga, aún al continuar siendo una palabra todavía por decir; que se cargue en el eco de ella misma, eco reticente como en el vacío de una tumba; esta es la transformación más desgraciada o penosa, este uso póstumo de un pensamiento que no está más prohibido sino por el contrario librado a los otros, a sus querellas, a las intrigas de la comedia intelectual, de la vanidad, del prestigio o de la

influencia, que puede a lo mejor —si también nos anticipamos sobre esa parte póstuma de nosotros mismos— hacemos entender la potencia inapropiable y desconcertante de la otra palabra que siempre se nos escapa. La amistad, en la medida en la que le fue posible, ha sabido preservar a Maurice Merleau-Ponty de las consecuencias de su desaparición. Pero yo invocaría uno de los más antiguos ejemplos filosóficos, aquel precisamente de un hombre que ensaya identificarse, hablando y no haciendo otra cosa más que hablar, con esa palabra inidentificable, vagabunda, incesante y pervertida, en la que él se complacía en reconocer su *daimon* y que le conducía, antes de término, a la muerte. Muerte que se torna en apología y le hizo sobrevivir en lo sucesivo, por la más grandiosa de las explotaciones póstumas, bajo el nombre de Platón. Esto es sin duda inevitable. Al menos, cuando un filósofo, un escritor se calla, aprendemos de su silencio, no para apropiarnos de eso que él hizo, o para hacerlo servir a nuestros fines, sino para desapropiarnos de nosotros mismos y compartir con él el mutismo inhumano. El discurso filosófico siempre se pierde en un cierto momento: no puede ser más que una manera inexorable de perder y de perderse. Es aquello que también llamamos el murmullo degradante: eso que *sigue su curso*.

Traducción: Natalia Lorio - Juan Manuel Conforte